

A modo de bienvenida para Maíz, el escritor chileno **Pedro Lemebel** adelanta un texto más que inédito: **Aloma ya no vive aquí**.

QUERIDA LEMEBEL



Ilustración **Gabi Escobar**

Su primera carta la recibí por correo, en un sobre lacrado con el timbre de Uruguay. Estaba escrita con una letra elegante en su tinte gris azul. Era un trazo delicado, en cada pausa de la grafía, un aliento de mar tibio desordenaba las vocales como aves bailarinas frente a mis ojos. Su nombre era Aloma, vivía en Montevideo en una casa demasiado grande para su andar lento de golondrina añeja. Una casona enorme donde entraba el viento del Plata con aullidos submarinos. Me decía que mi dirección postal la había conseguido en la embajada donde pocos sabían de mí. Pero en su incansable afán por comunicarse conmigo, lo había logrado. Ahora, en los reboleos cobrizos del otoño, yo deletreaba su amable caligrafía diciéndome que le había llegado algún libro, que se lo llevo su hijo desde Chile, que lo compartió con sus amigas, todas de setenta y tantos, abuelas llenas de motivos para soñar y seguir restándole números al calendario. Y el grupo de señoras, todas jubiladas, separadas o viudas, se reunía una vez a la semana en la casa de Aloma a tomar mate leyendo, bromeando, comentando, emocionándose con los ojos anegados, mientras los gatos se enroscaban en sus medias gruesas: el Micifuz, la Susy, la Leyla, Don Cucho..., todos los gatos paseándose entre ellas a su relajado antojo, los gatos azules, dorados y romanos que a veces maullaban roncamente compartiendo la lectura.

Se llamaba Aloma, y fue grato aspirar su nombre de chocolate con gusto a manzanilla, musgo fresco y alas uruguayas de lejano lagrimear. Le contesté de inmediato por carta una tarde nubosa. Le di mil gracias por sus palabras, por su letra dibujando coronas en torno a un alambrado corazón de púas. Le contaba, que tantas veces estuve por Buenos Aires y nunca se me ocurrió cruzar el charco hasta Uruguay, un país pequeño, anónimo frente a la gran capital porteña, pero con una densidad cultural inigualable. Con tantos buenos escritores: Onetti, Galeano, Benedetti, Delmira Agustini, Marossa Di Giorgio, Roberto Echavarrén... y tantos muchos más que no conozco. Montevideo me resulta ser una ciudad literaria, sublimada en los vapores novelescos que adormece el estuario, un reino de las letras, concluí la carta con la mano cansada de escribir a lápiz. Por eso le recomendé entrar a internet para que nuestra comunicación fuera más moderna, reina.

Me llamó por teléfono esa misma semana, y escuché la voz de Aloma como en un túnel de vidrio. Hablamos mucho, nos reímos, y al final le aconsejé perderle el miedo al compu y dominarlo, nena. Pasaron algunos días, y de Aloma no llegaban noticias, hasta que una mañana trabajando en el compu, de pronto campaneó el Messenger y leo: Aloma ha iniciado sesión.

Desde ahí todo se hizo más fácil, Aloma navegaba en el ciber es-

pacio como valquiria estelar. Nuestros mails iban y venían, incluyendo las crónicas del diario. En la semana Aloma me hacía un comentario crítico que recogía del taller de lectura con sus amigas. Ahora todas eran cibernautas, habían creado un club computarizado. Menos un par de viejas miedosas que no se atrevieron, me confidenció como si ella volara en skate sobre el teclado sideral. Debes venir a vernos, me repetía mil veces, qué te cuesta, tengo una casa grande y las chicas y los gatos y todos te queremos, dejé de llorar por allá. Chile ha sufrido tanto, nosotros también y padecemos la tragedia que ustedes vivieron con ese monstruo de Pinochet.

Acá iríamos al mercado a comer un asadito, tomaríamos mate o lo que vos querás. Mi casa es vieja, como yo, pero esta cerca de todo. Nos hicimos tan amigas, que chateando tardes enteras, Aloma entró en mi casa a través de internet y yo ni siquiera conocía su rostro. Un día repicaba el Messenger su llamado urgente. Qué pasa, chica. Le contesté. Me ha ocurrido un milagro, si supieras, te cuento. Cuenta ya. Hace un mes, estaba aquí en el msn, y me escribe mi primer amor. El hombre que yo amaba antes de casarme, mi compañero de batalla política en Tupamaros. Entonces era tan lindo como el Ché, y yo era su pareja y todas las chicas de la universidad me envidiaban cuando paseábamos en Pocitos cogidos de la cintura. Yo tenía un pelo largo y castaño donde él metía sus manos diciendo que era tan fresco. Militábamos juntos, éramos tupas desde el sesenta. Y sin saber cómo, en junio del 73, el mismo año que ustedes, nos golpeó la dictadura. Y nos vimos arrancando por los techos, esquivando la balacera para no caer en sus manos. Aloma, arranca por aquí, yo los distraigo, me dijo esa última vez que lo ví arriesgando todo. Después, estuve clandestina y pregunté por él pero nadie sabía nada. Y me pasó el resto de la vida creyendo que estaba muerto. Por eso me casé y lo que tú sabes. Y ahora me lo encuentro, también viudo, también solo, chateando en internet. La vida me cambió, dejé ese mausoleo de casa, espanté a los gatos, y me fui con él a su departamento frente al mar. Somos tan felices. O sea, "Aloma ya no vive aquí", escribí en la pantalla. Exacto, así es, él quiere conocerte, con las nenas del club, estamos viendo como traerte. Iría gustoso, no conozco tu cara. ¿Por qué no usas foto en el msn? No me gustan, en los tiempos duros quemamos todas las fotos, para olvidar caras. Pero tu nombre es una foto. En la clandestinidad me lo cambié, era Rosa. Espera voy a prepararme un té, le pedí. Y mientras ponía el hervidor, miré un charco de cielo revuelto agitándose en la ventana. No lo podía creer, el amor puede llegar en cualquier momento. Aloma esta enamorada, pienso ahora, mirando las nubes sobre la cordillera mientras el avión que me lleva a Uruguay tiembla como una novia enamorada.